

## COMPARTIR Y REPARTIR

El proceso de la revolucionaria izquierda internacionalista en su tránsito al caudillismo soso y nacional, ha circulado sobre el desplazamiento de los verbos compartir a repartir. En su ansia de poder se ha aliado con sus interesados socios, y ha pasado de proponer compartir los recursos, o sea, de socializar los recursos públicos a través de los servicios públicos: la educación, la sanidad, la justicia, la seguridad, el bienestar,...; a repartir, cuales caciques, prebendas según se haya nacido en uno u otro lugar, con una u otra lengua, de uno u otro sexo, de tal o cual renta, o patrimonio, o en una u otra situación familiar, o territorial, o lo que sea que ofrezca un rédito en votos a cambio de alguna migaja de la tarta. ¿Compartimos los servicios públicos según un esquema territorial o poblacional, o los repartimos por autonomías según los votos que permiten la estabilidad de tronas y poltronas?

Huérfanos de teorías, y sin desear guardar el duelo, se nos han echado al monte, y han confundido, como Robin Hood, la justicia social con robar a los ricos para repartir entre los pobres. En la ecuación, quien parte y reparte se lleva la mejor parte, y con algo de lo recaudado, compra votos al por mayor apelando a los intereses propios de colectivos, que llaman derechos diferenciales, antes que a intereses colectivos de particulares.

Repartimos a los clientes 400 euritos por aquí, bombillas de bajo consumo por allá, subvenciones a multinacionales por un lado, deudas históricas por otro, renovación de motos, de coches, cheques bebé, intervenimos precios y tipos, bajamos tasas, cuotas a la seguridad social, o impuestos a patrimonio, congelamos el catastro o el IBI, cupos,... en espantosa rifa que esconde el pillaje de las hordas de votantes, que se corrompen por ser clientes de ayudas y descuentos. Cual carroñeros las autonomías se jactan de haber pillado un trozo de carne mejor que el de al lado, y ya nada importa el ciudadano sino los yacimientos de voto. La aritmética se transforma de medio a fin.

Votamos a quien nos ofrece una participación en el botín, ya sea colectivo o individual, por autonomía, asociación, o rebaja; y UPD se planta y dice ¡basta! Si repartimos lo que íbamos a compartir, vaciamos el servicio público de presupuesto con el que sostener la igualdad de oportunidades entre los ciudadanos, a través de tratar por igual a quien es de distinta lengua, procedencia, orientación sexual, renta, o formación.

Españolistas y nacionalistas apelan a nuestras bajezas y suponiéndonos débiles, nos ofrecen discriminación positiva o justicia redistributiva, a cambio de voto. Los que tienen escaquean lo que pueden, pues lo intuyen como un bocado a su esfuerzo o suerte, y los que no tienen, muerden lo que pueden. UPD apela a la fortaleza ciudadana de quien desea compartir lo suyo con los demás, de quien desea igualdad de trato a la diversidad, y a recuperar para ello la diferencia semántica entre compartir y repartir. No compramos votos, y más allá de discutir sobre si se corrompen los políticos, nos negamos a recibir votos de ciudadanos que nos los vendan a cambio de repartirles recursos sociales, que menguan de presupuesto por ser de todos.

La estructuración autonómica del Estado no es buena ni mala, más o menos oportuna o eficiente, aunque sí consideremos que sus contenidos se han formado por intereses políticos de estabilidad de los partidos españolistas ante los nacionalistas, y no por criterios de eficacia o sensatez. Nada se piensa en el ciudadano, sino en el mantenerse en el poder, y cual república bananera, se paga a quien sea que crean que les va a

proteger el coche oficial y las dietas. Repartiendo lo traducen en solidaridad, distribuir, igualdad, justicia,... cuando es clientelismo, populismo, demagogia, caciquismo, clientelismo, corrupción, y discriminación.

El abuso de la subvención como medicina recuerda a los feriantes de las películas de vaqueros con sus brebajes, que valían como crecepele a la vez que laxante. Las administraciones públicas están para compartir servicios a los ciudadanos, y si por eficiencia para ello hay que repartir coyunturalmente, hágase, pero desde UPD consideramos que no es medicina para todo, que las subvenciones, ayudas, distribuciones, no lo solucionan todo, y que no son efectivas para todo, pues lo que se reparte no se comparte. La regeneración democrática comienza por la motivación de cada uno de nuestros votos. Es más el reparto es el instrumento más peligroso para la igualdad de oportunidades en la ciudadanía, y por ello nos comprometemos con todas nuestras fuerzas en compartir por igual los servicios públicos, mejor que no en repartirlos.

La autoproclamada izquierda nacionalista, -¿qué debe ser eso? ¿monjas ateas?-, sigue copiando y babeando de admiración a los procedimientos caciquiles de la derecha española, y repartiendo repartiendo, comprando apoyos, acabará justificando repartir la caja común de la Seguridad Social, el nivel de servicio sanitario, la educación, la seguridad jurídica y material,... que tanta esperanza ofreció como servicios a compartir por igual entre ciudadanos diversos.

En UPD proponemos compartir, y consideramos el abuso del uso de la subvención como una práctica clientelista y bananera. Estamos por la excelencia, ampliación, optimización y desarrollo de los servicios públicos como tales, y por clarificar la confusión entre subvención y gasto social. Repartir dinero por autonomías si lo usan para repartirlo a cambio de votos, es insolidario por mucho que se haga entre las rentas más bajas, pues con dicha excusa, también a los que hablan de un determinado modo, o los que defienden ciertas políticas. Repartir dinero a los bancos, a las fábricas de coches, a los promotores inmobiliarios, a los exportadores, a los agricultores, a los comisarios lingüísticos,... es privatizar discriminatoriamente recursos públicos, en detrimento de compartirlos con nuestros iguales.

<http://www.bartolo.com.es> <http://www.ecoliberalismo.com>